

LA ORATORIA

Por oratoria entendemos el arte de hablar en público según una serie de reglas, que constituyen la técnica del discurso, con la finalidad de convencer a un auditorio. Parte integrante de la oratoria es la retórica, centrada en el estudio concreto de estas técnicas. Oratoria y retórica son, por tanto, complementarias.

En principio ya la épica y la poesía lírica hicieron uso del discurso. Sin embargo, en el s. V a. C., la oratoria logró convertirse en un auténtico género literario, aunque su mayor desarrollo lo alcanzó en el s. IV a.C. En ello influyeron decisivamente la consolidación de la democracia en Atenas y la labor de los sofistas. Así, la práctica judicial ateniense obligaba a que fuera el propio ciudadano el que tuviera que hablar en su defensa ante los tribunales, en vez de un abogado como ocurre en la actualidad. Asimismo, todo aquel que pretendía hacer carrera en la política debía dominar el arte de la palabra si quería ganarse el apoyo de sus conciudadanos en la Asamblea. Todo ello popularizó el estudio de la oratoria. Cuando un ciudadano tenía que defenderse ante un tribunal, solía acudir a un escritor profesional de discursos, el llamado *logógrafo*, que se lo componía y él solo se limitaba a memorizarlo, sin embargo, los más pudientes solían acudir a los sofistas, quienes hicieron de la enseñanza de la oratoria y la retórica la parte fundamental de su labor profesional. Ellos fueron también los auténticos fundadores de lo más parecido a la enseñanza superior que hubo en la Antigüedad, y que se centraba también en el dominio de las técnicas del discurso.

Un discurso normal, como el que se pronunciaba ante un tribunal, constaba de cuatro partes habitualmente:

- a) Προοίμιον o Introducción, que trataba de atraer la atención del tribunal y predisponerlo favorablemente para la causa del que hablaba.
- b) Διήγησις o Narración, que exponía brevemente los hechos que se juzgaban.
- c) Πίστις o Prueba, en la que se exponían los argumentos o pruebas en que se apoyaba la defensa.
- d) Ἐπίλογος o Conclusión, en la que se resumía lo ya pronunciado y se trataba de llegar a los sentimientos del jurado.

Según la temática y la ocasión en que se pronunciaba, los antiguos distinguían tres tipos de discursos:

1.- **Oratoria forense o judicial.** Eran los discursos pronunciados ante un tribunal. Aunque la práctica judicial ateniense era que el propio ciudadano debía pronunciar su discurso de defensa, a veces también podía presentar a una especie de abogado, que podía ser un amigo o un orador profesional, para apoyar sus argumentos e incluso podía exponer otros por su cuenta. La mayoría de los grandes oradores griegos se dedicaron en algún momento de sus carreras a este tipo de oratoria, es decir, fueron *logógrafos*.

2.- **Oratoria deliberativa o política.** Eran, sobre todo, los discursos pronunciados en la Asamblea.

3.- **Oratoria epidíctica.** Eran discursos de alabanza o censura de personas, así como discursos de exhibición, en los que se exponía alguna doctrina o pensamiento con ocasión de alguna conferencia pública. Estos últimos fueron muy populares en la Antigüedad, llegando a reunirse, a veces, un número importante de personas para ver las habilidades oratorias de los “conferenciantes”.

Los grandes oradores griegos son tres, todos ellos atenienses: **Lisias**, representante de la **oratoria judicial**; **Isócrates**, de la **epidíctica** y **Demóstenes** de la **deliberativa o política**:

Lisias (440-380 a.C.). Víctima de los Treinta Tiranos que Esparta estableció en Atenas después de que la hubo derrotado, nos ha dejado un divertido relato sobre su intento de salvar su vida mediante el soborno. Es el maestro indiscutible de la prosa ática. Conservamos de él unos treinta y cinco

discursos, de los que la mayoría son judiciales, escritos como logógrafo para diversos clientes, salvo el conocido ***Sobre el asesinato de Eratóstenes***, que es una acusación del propio Lisias contra uno de los Treinta Tiranos, tras sufrir la confiscación por estos del negocio familiar. También escribe para ciertos actos públicos, y de él se recuerda sobre todo una ***Oración fúnebre***, aunque ni fue pronunciada por Lisias, bien pudo haberla escrito para otro.

De sus discursos se ha destacado su estilo sencillo y claro y su capacidad para acertar en el retrato de los personajes para los que escribía sus discursos.

Isócrates (436-338 a.C.). Había nacido antes de que estallara la Guerra del Peloponeso y llegó a presenciar el triunfo del nuevo poder macedonio en Queronea. Llegó a tener una gran influencia política y mantenía relaciones con la mayoría de los hombres importantes de su época. Durante su larga vida cultivó todos los géneros oratorios, aunque él nunca llegase a pronunciar discursos en público, ya que su débil voz y exceso de nerviosismo le cerraron el camino, en cambio abrió una escuela de retórica que llegó a hacerse célebre. Como orador epidíctico, es el primero que escribió sus discursos tras elaborarlos cuidadosamente, para que circularan de forma escrita o para que se leyeran en pequeños grupos y, como profesor, no tuvo rival. Entre sus obras destacamos la ***Antítesis***, una defensa de su vida y pensamiento y donde se puede apreciar la construcción completa de su teoría; el ***Panegírico*** y en el ***Panatenaico***, en los que abogaba por la unión de todos los griegos bajo la hegemonía ateniense para luchar contra los persas. Parece que al final de su vida llegó a reconocer en Filipo de Macedonia el guía de Grecia que, según él, tanto necesitaba. En su obra ***Contra los sofistas*** puso al desnudo el error de la educación sofística, mostrando que sus absurdas promesas solo servían para hacer aburrido el trabajo y sus pretensiones de enseñar la verdad eran falsas.

Demóstenes (384-322 a. C.). Es considerado como el mejor orador griego. Comenzó cultivando la oratoria judicial (42 discursos), género al que se vio arrastrado por la necesidad de reclamar a sus tutores la herencia paterna que estos habían dilapidado. Sin embargo, lo más destacado de su producción son los discursos políticos, en los que trató de concienciar a sus conciudadanos de la amenaza que suponía para la libertad ateniense y griega en general la figura entonces emergente de Filipo de Macedonia, denunciando al mismo tiempo a aquellos que dentro de la propia ciudad apoyaban a Filipo. Cuando la amenaza de este fue ya evidente, contribuyó a unir a todos los griegos para hacerle frente. Sin embargo, la derrota griega en Queronea (338 a. C.) hizo inútil sus esfuerzos. Entre sus obras destacamos las cuatro ***Filípicas***, donde advierte el peligro que representaba el rey macedonio; ***Sobre la falsa embajada***, donde acusaba a su enemigo político Esquines de dejarse sobornar por los macedonios durante las negociaciones para la paz de Filócrates - firmada entre Atenas y Filipo en el 346 a.C. y ***Sobre la corona***, donde defendía la legalidad de su propuesta presentada ante la Asamblea según la cual se le concedía una corona como premio por su patriotismo. Demóstenes fue considerado tradicionalmente como uno de los mejores estilistas de la prosa griega.